



LA PRENSA EN BROMA

EL DIA

AL SEÑOR DON PEPE GIMENEZ PASTOR. MONTEVIDEO, 19 DE ENERO DE 1896.



AÑO III
Nº 99
Enero 19 de 1896
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes \$ 1,00
 Seis meses " 5,00
 Un año " 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva.
 lente con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

El gallo se encrespa; da al aire su canto y trinos rabiosos da el despertador; despierta don Pepe; bosteza entre tanto y así desperézase a más y mejor. El sol se levanta, sea el día nublado ó sea lluvioso, con frío ó calor, pues tienen los cobres el sol bien grabado y.... vamos; ahí tienes *El Dia*, lector.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Buscapié—«Epigramas», por Carlos Lengua—«Para Ellas: Los zapatos de pan», por Teófilo Gauthier (conclusión)—«Teatros», por Re-Bemol—«El retrato de hoy: don Ramón de Campoamor—«Botánica aplicada», «La verdad y las mentiras», por Ramon de Campoamor—«A los suscritores»—«Entre dos fuerzas», por A. Giménez Pastor (continuación)—«Avisos».

GRABADOS—«La prensa en broma»—«Serenata de «Jauja», del Maestro Errante, por A. Giménez—«Jauja entre ellos, música de candombe», por Wimplaine II Don Ramón de Campoamor—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



Que los ingleses son nuestros amigos más íntimos es indudable hasta decir basta: como que por ellos han dado razón a los prestamistas hasta las camas y las sillas!

Nada, pues, tiene de extraño, que el corresponsal del Times, haya telegrafiado lo siguiente a Londres: «El corresponsal de «El Times» en Montevideo anuncia el proyecto de Banco de la República Oriental, considerando que es innecesaria la creación de ese establecimiento, del cual dice que sólo será provechoso para los amigos del gobierno.»

¡Ay! Cómo conocen las tragaderas de nuestros hombres públicos!

El día menos pensado nos mandan algún fisiólogo para que trate de averiguar si en las esferas oficiales existen miembros que gasten cuatro estómagos como los rumiantes.

Y es muy posible que etcuentren muchos. El estómago ha llegado aquí a tal desarrollo, que, estableciendo comparaciones, el abdomen de Floro Costa resulta menos que una grajea.

Claro está que entre esos estómagos no cuento el de Monsieur, que, como todos saben, padece de una ligera gastralgia, que le obliga a darse de cuando en cuando un paseito por sus estancias, formadas con los ahorros de un sueldo de Ministro, a pesar de cuanto hablan en contrario las malas lenguas y los cientos de toros Durham y los carneros Rambouillet que cría con su acostumbrada dulzura de carácter, más dulce que una epístola amorosa de Pantaleón Cabral.

Mal ha hecho, muy mal ha hecho el general Tajés al dedicarse a la cría de avestruces. ¡Si tenemos aquí cada avestruz con una pepsina que digiere en un santiamén, y sin remordimientos, clavos, cajas... de ahorros y otros productos de la famosa Herrería!

Con el estreno de Jauja ha surgido entre los hombres que viven de nuestros bolsillos, una especie de revolución, llena de despechos y de furiosos contenidos.

Su alteza Boina, ha creído, verse retratado en Papamoscas, y casi entuvo por mandar sus padrinos al doctor Blixén; pero después reflexionó; como es tan católico, le vino a las mientes—que mienten en efecto, porque no tiene ni siquiera eso—le vino a las mientes, digo, que muy posible era que ese Papamoscas fuese algún papa que él no conocía,

algún papa de verano, por eso de las moscas. Y se calló. Vidiella, antes de reflexionar echó dos ó tres siestas, se dió un baño de cabeza, y luego pensó. ¡El era sin duda el confitero de Jauja! Porque, hablando en terrones, la caña de azúcar pertenece a la misma raza de plantas que la viña... y después... bueno... su granja... bueno... Y se quedó otra vez sandeces y quedando su rostro sonriente con un aspecto de tocino iluminado!

Monsieur, el pronto, creyóse aludido en Valentón, mas luego dióse un fuerte cachetón en la calva, exclamando con un sollozo de ira relampageante: «Mais no, cré nom!... Cette Valentón, il sera un guerrier espagnol, et je suis guerriere français... descendente du gran Empereur... Cet ridicule! Valentón moi?.....» (Ya lo creo que no!)

Al fin el mallísimo Nebel, que es todo un caramelo con entrecejo de león del Atlas, los consoló a todos con su dulzura y suavidad, mientras Zaballa, desde un rincón, despedazaba iracundo su pucho de habano, herido por la competencia que le hacía el caramelo leonino con su gran calva resplandeciente, que parecía también sonreír...

El comisario Da Costa parece que va á pedir permiso al Jefe Político para regresar á Montevideo en el próximo carnaval, á fin de tomar parte en una comparsa que se está formando y que se titula La mano negra.

A que no se le concede el permiso!

En el corriente año, á mediados de Abril, se descubrirá la estatua de don Joaquín Suarez, que deberá elevarse frente por frente á la Casa de Gobierno.

Ayer me decía un sujeto muy cándido:

—¿Y usted cree que el que descubra el velo de la estatua, tendrá valor suficiente para contemplar cara á cara, sin avergonzarse, la efigie del digno patricio? Se encontrará humillado ante la comitiva que presencie el acto.

—No hay cuidado: la comitiva se encuentra en las mismas por esa debilidad que siempre ha tenido en las uñas y en el fondo del estómago. La vergüenza es aquí una planta tan exótica como la mdrina del Emperador del Japón.

(No hay alusión á Monsieur.)

BUSCAPIÉ.



Para mojigato Andrés y probarlo me he dispuesto; ocurrió que cierta vez contestó el santón con esto á una pregunta de Inés:

—¿Por qué esa puerta clavada no la toco yo jamás? Es que siempre está cerrada y yo temo por demás á una puerta condenada.

Don Fernando, un buen fondero muy rico y muy bien querido, se encuentra muy resentido con mi amigo Juan Rodero.

Y queriendo yo saber las razones que tenía de disgusto, le decía para hacerle responder:

—Pues yo creo que Rodero es un joven muy decente.

—Podrá ser... algún pariente; mas yo á él lo considero un pillo terco, obstinado. ¡Nada más!

—Si la porfía no es un daño.

—Lo sería.

si es que él no entrase por-fiado á mi casa noche y día.

C. LENGUAS.



CUANDO la madre tuvo el convencimiento de que el postrer suspiro había volado para siempre de aquellos labios, en los que á las rosas de la vida habían sucedido las violetas de la muerte, cubrió la carita idolatrada con un extremo de la colcha, tomó bajo el brazo el paquete de la hilada y se dirigió á casa del tejedor.

—Tejedor—le dijo—aquí tienes un hilo igual, fino y sin nudos; las arañas no fabricarían otro más fino entre las vigas de los techos; ayúdame y hazme de este hilo una tela tan suave como las de Frisia y Holanda.

Cogió el tejedor la madeja, preparó sus útiles, y á poco la lanzadora, tirando del hilo, corría afañosamente de aquí para allá. El peine afirmaba la trama y el lienzo salía y caía hasta el suelo, igual, sin romperse, tan fino como el de la camisa de una archiduquesa, ó como el que el sacerdote emplea en la misa para enjugar el cáliz.

Cuando el tejedor terminó su trabajo, lo entregó á la pobre madre y le dijo:

—El hijo del emperador, que murió en lactancia el año pasado, no iba envuelto en su ataud de ébano y clavos de plata, con tela más suave ni más delicada.

Plegó la madre la tela, y quitándose de uno de sus enflaquecidos dedos, un anillo de oro desgastado por el uso, dijo al tejedor:

—Toma este anillo, mi anillo de boda, el único oro que he poseído en mi vida.

No quería admitirlo el buen tejedor, pero ella le obligó con estas palabras:

—No tengo necesidad de anillos en el sitio á que voy, porque, lo conozco bien: los brazos de Hanz me arrastran fuera de la tierra.

Salió, y entró en casa del carpintero.

—Maestro, le dijo; con cogollo de encina que no se pudra nunca y que los gusanos no puedan roer jamás, hazme un ataud de este tamaño.

Apercibió el carpintero la sierra y el cepillo, ajustó cinco tablas y martilló en ellas dulce, silenciosamente, para impedir que, antes que en la madera, se clavasen en el corazón de la madre las agudísimas puntas de las clavos.

Quedó la labor tan acabada, que parecía el ataud una cajita para encerrar joyas y encajes.

—Carpintero que has hecho un ataud tan bonito para mi hijo; te doy en pago mi casa y el jardincito que la rodea, y el pozo con la viña. No tardarás mucho en disfrutarlos.

Con el lienzo y el féretro bajo el brazo, que tan poco abultaban, volvió hacia su casa la madre de Hanz.

Los niños que á su paso hallaba y que no sabían lo que era la muerte se decían:

—Mirad la caja de juguetes de Núremberg que á Hanz le lleva su madre; habrá adentro, sin duda, un pueblo con sus casitas de madera barnizada, su iglesia con campanas de plomo, sus torres picu-

das y sus árboles verdes y recortados; ó un violín con sus clavijas torneadas en el mango y su arco de crin de caballo. ¡Nosotros queremos otra igual!

Y las madres, palideciendo, los abrazaban y los hacían callar exclamando:
—¡Imprudentes. No digais eso; no le envidieis la caja de juguetes! ¡Pronto, demasiado pronto los tendreis vosotros, hijos del alma!

Una vez en su casa, la madre de Hanz colocó sobre sus rodillas el cadáver de su hijo, y le hizo la última *toilette*, que hay que hacer con mucho cuidado porque dura una eternidad. Púsole sus galas del domingo, traje de seda y abrigo forrado de pieles, para que no tuviera frío allá, en el hoyo húmedo que le esperaba, y á su lado la muñeca de porcelana de ojos de esmalte que el niño tanto amara en vida y con la que dormía en la cama. Terminado esto, y en el momento de envolver en la mortaja el cuerpecito á que mil veces diera el último beso, advirtió que había olvidado de ponerle sus zapatitos rojos.

Buscólos por la habitación, dolorida de ver desnudos aquellos pies antes tan sonrosados y tibios; ahora yertos y lívidos. Pero fué en vano. Los ratones, durante la ausencia habían encontrado bajo el lecho los zapatos y los royeron y desgarraron. Apeadumbróse mucha la madre por lo ocurrido; cuando el corazón está hecho uná llaga, basta tocarlo para hacerlo sangrar. A fuerza de discurrir tuvo una idea.

En el arcón había un pan grande entero, porque hacia días que, alimentada por el dolor, la desdichada no lo probaba. Desmigajó el pan poco á poco, recordando con pena al desmigarlo, las veces en que para distraer á Hanz, hiciera con las migas palomitas, zapatos, barcos, figuritas...

Reuniendo la miga en la ahuecada palma de una de sus manos, modelándola con otra y humedeciéndola con sus lágrimas, hizo un par de zapatitos de pan con los que calzó los piés del niño muerto.

Más tranquila ya, púsole la mortaja y cerró el ataúd y lo enterró en un rincón del cementerio, al pié de un rosal blanco. Era un hermoso día de Mayo; no llovía ni la tierra estaba mojada; el pobre Hanz no pasaría mal su primera noche de tumba.

De vuelta á su casa la madre de Hanz acostóse y quedóse profundamente dormida: la naturaleza quebrantada sucumbía.

Tuvo un sueño; ella, por lo menos, creyó que era sueño. Apareciósele Hanz, vestido como estaba en el ataúd, con su traje de los domingos, su abrigo de piel, su muñeca de ojos de esmalte, sus zapatos de pan... Parecía triste; no tenía la aureola que la muerte debe dar á la inocencia; las rosas del Paraíso no florecían en sus pálidas mejillas; gruesas lágrimas brillaban entre sus rubias pestañas, y hondos suspiros conmovían su pecho.

Cuando la visión desapareció, despertó la madre bañada en sudor frío. Encantábase haber vuelto á ver á su hijito; producíale espanto el haberle visto tan triste.

Se tranquilizó pensando: ¡pobre Hanz! ni aún en el Paraíso me olvida.

A la noche siguiente, renovóse la aparición. Hanz estaba aún más triste y más pálido. La madre le tendió los brazos y le dijo:

—Hijo de mi alma, consuélate, no te fastidies en el cielo: pronto iré á buscarte!

La tercera noche apareció Hanz de nuevo. Gemía y lloraba más que las anteriores, y al desaparecer juntó sus manitas en señal de súplica; no traía consigo la muñeca, pero sí los zapatitos de pan.

Aterradísima la madre, consultó el caso con su confesor, venerable sacerdote.

—Velaré esta noche contigo, le dijo el santo varón, y al aparecer el pequeño fantasma le interrogaré. Me contestará. Conozco los términos para hablar con los espíritus buenos y malos.

Hanz apareció á la hora acostumbrada, y el clérigo le exorcizó con las palabras consagradas, preguntándole acerca de lo que en el otro mundo le atormentaba.

—Son, respondió Hanz, los zapatos de pan los que me atormentan é impiden que suba la escalera de diamante del Paraíso. Pesan más que botas de postillón, y no puedo pasar de los tres ó cuatro primeros escalones. Esto me produce una pena muy grande, porque allá en lo alto veo querubines de alas de rosa que me llaman para que juegue con ellos, y me enseñan juguetes de plata y oro.

Desapareció, dichas estas palabras. Entonces el sacerdote dijo á la madre:

—Habeis cometido una falta. Habeis profanado el pan nuestro de cada día, el pan que Jesucristo, en su última comida, exigiese para representar su divino cuerpo, y después de haberlo negado al mendigo que te lo pedía, lo has endurecido para hacer los zapatos de Hanz. Es menester que quitemos al niño los zapatos de pan y los quememos en el fuego, que todo lo purifica.

Ante la madre y el cura abrió el sepulturero el ataúd. Allí estaba Hanz tendido tal como su madre



ALLEGRO

MAS DULCE MAS BLANDO LLEVA EL COM-PAS. QUE UN CANTO DE AMORES NO SE HADEGRITAR

rall dim.

ANDANTINO

NI-NA NO-RES PON-DES A MI TRE-MU-LA CAN-CION? POR-QUEES QUIVA A-SI TE ES-CON DES Y NO A SO-MAS AL BAL-CON?

POR QUE? POR QUE? NO ASOMAS AL BAL-CON? POR QUE POR QUE NO ASOMAS AL BAL-CON?

CON? EL LU-CE-RO-MA-TU-TI-NO EN EL CIE LO BRIL-LA YA... MUESTRATU ROSTRO DI-

CORO

VI NO Y A SI AL PUN-TO A-CLARA-RA POR-QUE POR-QUE POR-QUE NOES PONDES NO NO

SAL FLO RI STA SEDUC TO RA QUE LAMRO-RA YA MUY PRONTO LU-CI

pp

Adolfo Errante



Salga el primer volatin:
el principe Papamoscas
de facciones algo toscas
y algo más tosco el magín.



Su majestad Pero Grullo,
el político de marras;
el que no se pára en barras
ni se asusta ante un chanchullo.



General Valentín,
Mosé que ha estado en Francia
leve con arrogancia
o medallas un millón.
¡Bim! ¡Bom!



La princesa Charlarina,
dama que habla como cien,
capaz de aburrir muy bien
hasta al rey de la Gran China



Marquesa de Santa Claro.
Se ocupa, (y es dato cierto)
de predicar en desierto,
por más que parezca raro.



El gran príncipe Tsien Tsín,
sordo, mudo y japonés
ó chino, a quien su mudez
va a dar la muchacha al fin.



La florista Presidencia,
por todos estos deseada
y por todos esperada
sin lograr una mirada
de su altiva indiferencia.



Angel Miales, pastelero.
Al pueblo dió tantas hieles,
que si coge el pueblo a Miales,
lo come asado con cuero.



El Ministro Bebelín;
Ministro que aunque algo duro,
sabe sacar del apuro
y vende barato el vin.

ESTANDOS
JAUU ENTRE ELLOS
CON MUSICA CANDOMBE

Wimplaine II



CARAS Y CARETAS

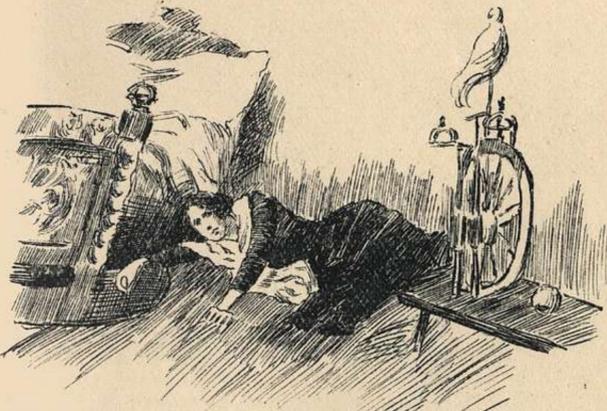
DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

le cubriese, pero habia en su rostro una inefable expresion de dolor.

El sacerdote le quitó con dulzura los zapatitos de pan y los quemó en la llama de un cirio bendito, pronunciando al mismo tiempo solemne oración.

Vino la noche y Hanz apareció por última vez á su madre, pero ahora alegre, gentil, acompañado de dos ángeles pequeñitos, de quienes era grande amigo; traía puestos alas de luz y una chichonera de brillantes.

—¡Oh madre mía! dijo una voz musical: ¡qué alegría, qué felicidad siento! ¡qué bonitos son los jardines del Paraíso! ¡Allí se juega constantemente, y Dios, nuestro padre y Señor, no regaña jamás!



Al dia siguiente la madre apareció muerta, con la cabeza apoyada en la camita vacía.

TEÓFILO GAUTHIER



Merece por cierto una frase de aliento y de aplauso la empresa del Pabellón, y no hemos de esquivar el dárselo francamente.

Ha contratado Gil de un golpe á Carlota, Dolores y Maria Millanes, al baritono Tapias, y Reig que agregados á Monteverde, que tiene una voz bastante buena, hacen un cuadro de cantantes como hace mucho tiempo no los hemos visto en compañías de zarzuela.

Carlota Millanes es una notabilísima artista; voz fresca, de fácil emisión y buen timbre; completa seguridad de escuela y delicado gusto. Vamos; que en aquel cuadro de teatro ligero, me admiró, lo confieso, aquel duo de *Viento en popa* cantado con Tapias, un joven baritono de hermosísima voz y buena escuela, el primero quizá de los baritonos de zarzuela hoy; no lo hemos oido nunca así.

Con que ya ven ustedes. En cambio, la María Millanes, aunque artista útil por que tiene buen juego escénico, posee una voz un tanto agria.

Y ahora, como rareza, vaya un pedido á la dirección de escena. Que por lo que más quiera en el mundo, no vuelva á poner en escena «Los de Cuba» ni tonterías por el estilo: que desgraciadamente no hace falta que se embrutezca más el público.

En San Felipe la Montenegro estuvo á punto de provocar un conflicto que felizmente para la empresa conjuró la Mendieta.

Y se estrenaron *Las zapatillas* que casi han hecho nacer callos en el magin á San Juan.

Lo malo es que yo no las he visto; así es que no puedo dar razón de su calidad. Será otra vez.

RE-BEMOL.



El retrato de hoy

DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Don Ramón de Campoamor ocupa hoy un puesto tan eminente en la República de las letras, que pecara de inútil la presentación si ella no sirviera á la vez de homenaje, pues es posible decir que, como está tan alto, se le vé de todas partes del mundo.

Su teoría poética que se inicia con la tan expresiva como concisa *Dolora*, ese nuevo y hermoso verso que él ha dado á la historia literaria, se desarrolla con profunda verdad de observación en el *Pequeño poema*, y se expande por fin en las grandes abstracciones de *El drama universal* para condensarse, para encojerse por último en la *Humorada*, ese vivido relámpago que en dos líneas descubre una faz del alma, le han hecho grande ante todos.

Si Campoamor necesitase elogios, bastaría decir como tal que entre todos los que saben ú oyen leer, no hay quizá en el mundo hispano-latino uno solo que no conozca alguna composición suya.

Al pié de esta van dos de sus más hermosas *Doloras*, sentimental la una, filosófica la otra, para mostrarle bajo ambas faces, y el *fac-simil* de cuatro líneas autógrafas en que ha encerrado cien pensamientos en dos humoradas.

Botánica aplicada

I

—Te mando ese presente con la idea
De que puedas saber
Que esa flor que llamamos la *Dionea*,
Destruye por placer.

A un gusano de luz esta mañana
Que en su cáliz entró,
La simbólica flor americana
Cerrándose, lo ahogó.

Cuando entra algún insecto en su corola
A paladear la miel
Cerrando ella los pétalos, lo inmoló
Con un gozo cruel.

¡Pobre insecto! Yo al ver que halló encerrado
Verdugo y tumba allí,
¡Perdona, Inés, pensé en nuestro pasado
Y me acordé de tí!

II

—Inés le contestó: ¡qué cándido eres!
¿Cómo puedes pensar
Que haya en el mundo flores ni mujeres
Que maten por matar?

Hoy á una abeja que llegó volando,
La flor la aprisionó;
Mas la abeja, los pétalos rasgado,
Mató la flor y hnyó.

Por lo que ves, no faltará quien crea
Que ayer verdugo, hoy juez,
Cazadora de insectos, la *Dionea*
Es cazada á su vez.

Si al mirar el gusano aprisionado,
Pensaste en mí y en tí;
Yo, al ver el cáliz de la flor rasgado
¡Pensé, llorando, en mí!

La verdad y las mentiras

Á FERNANDO ALVAREZ Y GUIJARRO

Cuando por todo consuelo,
Un sacerdote, al nacer,
Nos dice en nombre del cielo:
—Polvo es, y polvo ha de ser,—

Dicen, en coro armonioso,
El pecho de gozo lleno,
La nodriza: —Será hermoso;—
Y la madre: —¡Será bueno!—
Y luego, allá en lontananza,
Gritan en acorde son:
—¡Será feliz!—la esperanza;
Y —¡Será Rey!—la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,
Aquí, lo mismo que allá,
La religión va diciendo:
— ¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,
Dicen, sin reir jamás:
—¡Será un Cresol!—la avaricia;
Y el orgullo: —¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento
De tado saber en pos:
—¡Será Homero!—el sentimiento;
Y la razón: —¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,
Al morir como al nacer,
Repite: —No hay remisión;
¡Polvo es, y polvo ha de ser!—

Humorada

1

*Te vendí y me vendiste, está bien hecho.
La venganza en España es un derecho.*

2.

*En miño y gale ganta al la inocente
gantas tragu con cola de serpente.*

Campana



Á LOS SUSCRIPTORES

Habiendo recibido muchos pedidos de encuadernaciones, hemos resuelto, como el año pasado, encargarnos de ello en la forma siguiente:

Las encuadernaciones serán hechas en rica tela y con los títulos dorados á fuego. Su costo será de pesos 1.50.

Los suscriptores en campaña deberán pagar por adelantado, enviando además el costo del porte por correo, que es de 0.30 centésimos.

LA ADMINISTRACION.

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación)

X

Así quedó aquello consumado.

Así terminó aquella unión de dos afectos, que creara en el tiempo, á pesar de su frivolidad, hermosos momentos de éxtasis y horas de plácido abandono; y la visión rosada del amor desapareció en el silencio como una voluta de humo que se desvanece en la sombra.

En vano quiso doña Armanda rebelarse contra este final imprevisto, humillada en su amor propio de jamona madre perseguida por el ejército y el foro, que abandono que implicaba una ofensa á la tradición galante de la familia; inútilmente sugirió de nuevo la idea aquella del *ultimatum*, del terrible dilema ofrecido al fermentado Mario: ó el amor consecuente á Argentina, ó la espada de Amabilio.

Los lazos estaban definitivamente desgarrados y Argentina, esperando quizá más de su sumisión, de la influencia de un último recuerdo dulce y triste que debía haber quedado flotando en el alma del joven, se opuso á aquella medida extrema, á aquel recurso heroico que se levantaba en el alma épica de doña Armanda.

En tanto, Mario, apagada poco á poco la irritación del primer momento contra sí mismo, contra su proceder falso y un tanto cruel, marchaba en busca del placer nuevo, sin preocuparse, en su egoísta ansiedad de epicureo idealista, de aquellos lazos dulces que dejaba desgarrados tras de sí, como un caminante torpe que va rompiendo las flores en su camino.

Es que ahora podía sumergirse entero en el placer soñado y apenas entrevisto un instante, como para dejarle eterna sed de gustarlo, en aquel fugaz principio de idilio, cuando cuatro meses antes oyera de boca de Delia un sí vacilante y frío.

¡Oh! ¡Ahora era otra cosa! Necesitó entonces estar más que ciego para no conocer que aquella mujer serena, fría como un cálculo, sin la menor muestra de emoción en la voz ni en la mirada, aseguraba corresponderle solo por capricho, por cualquier cosa, menos porque lo sintiese.

Ahora sí, era el tuteo íntimo y confiado que le hacía correr cosquilleos de placer cuando esa palabra del caló criollo, el viejo «ché» dirigido á él salía de aquella boca roja tan tranquilo y abierto como si nunca le hubiese tratado de otro modo.

Iba dos ó tres veces por semana á buscar su hora de amor en una casita de la Aguada, pobre como un nido blanco colgado cerca de la Penitenciaría, rodeado siempre de un plácido silencio de campaña dormida.

Aquel pleito eterno que las empobrecía iba llevando á Misia Justa cada vez más afuera, como para acercarla al campo, á aquel sueño constante que la dominaba en su afán de reconquista de la tierra perdida; y rara vez conseguía la obstinada señora contener aquella pregunta que le brotaba denunciando su esperanza siempre viva y ahora cifrada en aquel amor que unía á ambos jóvenes:

—¿Y vas á ser pronto abogado?

¡Oh, no! Faltaba mucho todavía; pero ¿á qué

apurarse? ¿Quién pensaba en ese porvenir cuando el presente los llenaba enteros?

Ellos no, seguramente. Ellos sólo se ocupaban de mirarse, de embriagarse con caricias en el loco júbilo de su juventud que se desbordaba estallando en besos, allí, solos, solos en la sala, porque Misia Justa desdénaba el vijilarlos diciendo con su recio gozullo de criolla de viejo cuño:

—Mi hija no precisa que la cuiden. Ella se sabe cuidar bien.

Esto les daba libertad para acariciarse á gusto y pasaron allí grandes horas de placer.

Era adorable ver así á la mujer fuerte, á la hembra altiva que meses antes le domeñara con su ruda resistencia, transformarse en niña otra vez, y en niña mimosa, llena de debilidad infantil, para poder ser más de él siendo menos ella misma.

Buscaba mil recursos, hacía mil monerías para mostrarle claramente que estaba loca por él, y que gozaba con estarlo.

Tan pronto era el fastidio disimulado que fingía irritándolo hábilmente al pretestar cansancio por una noche de fiesta pasada sin saberlo él; pero por compromiso de última hora, claro! hasta que lo graba hacerlo levantar y tenderla la mano con aire indiferente, despidiéndose para no fastidiarla más.

Entonces era cuando se le colgaba del cuello dejando desbordar la risa que había estado retozándole en todo el cuerpo, y lo besaba muchas veces, diciendo entre beso y beso:

—¡Celoso, celoso, celoso! ¡Besame, celoso!

Eh... Aquello podía ser tonto y nimio para los demás, pero la verdad es que á Mario le parecía adorable ver á Delia palmoteando tan alegre porque le habi hecho creer tanta mentira y repitiendo: «¡Se lo creyó!... Se lo creyó!...» mientras adentro, como contraste, resonaban las zapatillas caídas de Misia Justa recorriendo toda la casa en su tarea de arreglarla y á cada momento el agua resonaba como granalla al caer sobre la lata desde la llave continuamente abierta, cerrada y vuelta á abrir.

La pobre señora afrontaba con bravura su pobreza, después de tanta opulencia, y ciertamente no temía que se le echasen á perder las manos persiguiendo el agua con la escoba en el patiecillo, para dejar á su hija respirar un poco de amor, ese ambiente vivificante de los corazones jóvenes.

¡Ah! Pero luego venía el rato de desahogo en la sala, á la tarde, gozándose en desplegar por centésima vez ante Mario aquella visión del pasado, el campo perdido, aquella tierra feraz que dominaba como dueña hasta donde alcanzaba su vista, toda aquella riqueza viva que se oprimía en grupos, al caer los grandiosos crepúsculos del campo, cuando el silencio descendía sobre la llanura tendida de verde hasta el horizonte inmenso y soñoliento.

Después el pleito, el papel sellado inundándolo todo, la lucha, el desalojo. la gran caída provocada por aquel *brasileño bandido* á quien ella había de hacer pagar cara su maldad. Aquella misma tarde le habían dicho en el juzgado... ¿Qué? Siempre lo mismo; otro incidente que alargaba el asunto prolongando la esperanza: aquella esperanza de reconquistar la tierra, que dilataba los redondos ojos pardos de Misia Justa, dándoles luz y brillo, mientras de su boca fina y hendida salía toda la historia; triste hasta desplegar nuevamente el porvenir soñado, los campos inmensos nuevamente bajo su poder, el sueño guardado por las solemnes noches de la campaña descendidas en medio de profunda paz sobre la estancia.

Decididamente la pobre señora moriría con aquello con sus papeles sellados, sus *providencias* y sus esperanzas.

Pero ellos, Delia y Mario no oían gran cosa de todo esto, ocupados en mirarse y mirarse y mirarse como cosa nueva.

Y así, mirándose, muchas veces cuando no iba á conversar Misia Justa, les sorprendía el crepúsculo, esos plácidos crepúsculos de Otoño, que iba enviéndolos en su sombra gradualmente, como en un velo sutil, hasta que la luna proyectaba en el suelo su mancha de plata.

Era bien cumplida la hora de separarse, pero Delia le detenía aún.

—¡Oh, la luna! decía con infantil gozo. Esperate, esperate. Quiero hacer una cosa. ¿Ves? Así están Julieta y Romeo en la lámina de ese libro de Shak... ¿cómo es?

—Shakspeare.

—Bueno; así están, despidiéndose iluminados por la luna.

Y abrazándole procuraba reproducir la postura de los amantes en el grabado, mientras él la besaba tratando de desprenderse.

Después se abrazaban por última vez y él con la mirada vaga, perdida, tomaba el trenvia de la calle Agraciada, admirado de todo como si nunca lo hubiese visto, recibiendo en el rostro el frescor de la brisa vespertina; con la plácida bonhomía del que es feliz.

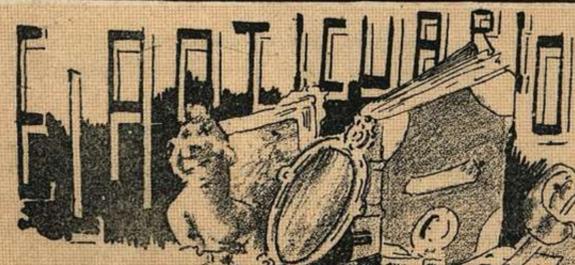
A los lados del tramvia desfilaban rápidamente los carruajes, de vuelta del Prado. De pronto, cuatro ó cinco aturdían con su estrepitoso rodar sobre el adoquinado, envolvían el tramvia, le rodeaban, pasando velozmente, como una visión, para perderse á poco de vista al doblar el recodo de la Avenida General Rondeau. Entonces un momento de silencio permite oír el cadencioso resonar de los cascabeles pendientes de la collera de los caballos del trenvia que arrastran el coche trotando perezosamente, con la cabeza agachada, cual si les invadiese también la suave melancolía de la tarde, indiferentes, pareciendo que realmente se sintiesen humillados ante aquellos soberbios trotones de dilatadas narices y arrogante planta que pasaban junto á ellos como un relámpago.

De nuevo se siente resonar detrás del trenvia el estrépito de un carruaje; se acerca, le alcanza; corren un pequeño trecho de conserva; por las ventanillas se distinguen una ó dos pequeñas caras delicadas que miran con cierta curiosidad benévola á los pasajeros, y á poco se adelanta también, viéndose á lo lejos la silueta bamboleante del cochero que pronto se borra cual si la absorbieran las sombras del crepúsculo; pero otros le siguen; alcanzan al trenvia, le rodean nuevamente; las fustas chasquean y pasa tronando aquella avalancha pronto convertida en una masa oscura que se interna en la ciudad, mientras los caballos del tranvia siguen con su trote igual, pesado, paso de fatiga y hastio, haciendo resonar los cascabeles, agobiados, indiferentes, el camino marcado por la vía que platea á lo lejos estrechándose con la distancia.

Allá, la ciudad envuelta en una atmósfera brumosa enciende sus luces amarillentas que matizan caprichosamente la sombra y en el centro el reloj de la Matriz se muestra como un gran ojo encendido, velando la población dormida á sus pies.

(Continuará)

EL ANTICUARIO



Calle 18 de Julio
184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Peda y C^o



CALLE
25 DE MAYO
2414247

FALLIGARIS
Estudio fotográfico



Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.